



NUM. 11. PRECIO DE LA SUSCRICION.—Madrid, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 13 DE MARZO DE 1864.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs.; un año 96 rs.—CUBA PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VIII.

REVISTA DE LA SEMANA.



Tenemos el sentimiento de anunciar el fallecimiento del señor don Francisco Argüelles, oficial mayor de la secretaría del Congreso, ocurrido el lunes de la última semana. Las bellísimas prendas que adornaban al finado han hecho universalmente sentida su muerte. Jefe de la secretaría del Congreso durante muchos años, había comenzado á dar á luz las actas de las antiguas córtes, trabajo de grande importancia, estudio é investigaciones, y enriquecido la Biblioteca y Archivo de la Cámara con los documentos mas importantes de las córtes españolas.

El Congreso, que estaba á punto de ser disuelto con el último ministerio, cobró nueva vida con el nombramiento del actual. Esta nueva vida se empleará segun parece en cuatro cosas principales, que ya están presentadas al exámen de los cuerpos colegisladores: la una es la abolición de la reforma de 1857: la segunda la ley electoral: la tercera la ley penal por delitos electorales y la cuarta los presupuestos.

Y no se enfade usted, señor don Ricardo Chacon, que no decimos mas sobre esta materia; y lo que decimos como usted ve son hechos, solamente hechos. En El Museo no sucede lo que en otras muchas partes, donde del dicho al hecho hay gran trecho: aqui el dicho es el hecho, y el hecho se confunde generalmente con el dicho. Una cosa no hemos dicho, que es tambien un hecho; pero por lo dicho la habrán adivinado los lectores. Redúcese á haber reemplazado el señor don Ricardo Chacon al señor don Justo Pelayo Cuesta en el cargo de fiscal de imprenta. Debíamos, sin embargo, esta aclaración á nuestros suscritores para que no estrañaran el deseo que acaban de ver en nosotros de conservar siempre puro, terso y sin arrugas el entrecejo del señor Chacon.

Al dejar en otro tiempo el señor Chacon el cargo de fiscal que hoy ha aceptado nuevamente, dijimos en confianza lo que nos habia pasado bajo el poder de su lapiz rojo: hoy estaríamos en el caso de decir lo que nos ha ocurrido bajo el de don Justo Pelayo, si don Justo Pelayo no hubiera sido para nosotros como aquel valle y líquida laguna del poeta, donde

Para decir verdad como hombre honrado
Jamás me sucedió cosa ninguna.

Sirva este epitafio á su tumba de fiscal, que es segun creemos el mejor elogio que un periódico puede poner sobre la losa de un fiscal de imprenta. Ojala le merezcan todos los fiscales desde aquí hasta que se declare inútil el oficio para la buena administracion de la cosa pública!

El señor Chacon, por lo demás, dicen que ha vuelto á su destino muy mejorado en sus costumbres fiscales: y con este precedente y presupuesto, creemos que nos será lícito referir lo que ha pasado (y han publicado otros periódicos) en la fiesta del 5 de marzo en Zaragoza. El 5 de marzo se celebró en Zaragoza el aniversario de la accion que se trabó en la madrugada del mismo dia en 1838, cuando sorprendida la ciudad de noche por las tropas carlistas que mandaba Cabañero, los milicianos nacionales solos, primero uno á uno y luego formando grupos, salieron á las calles, invadidas por la faccion, y á fuego y bayoneta la arrojaron en pocas horas de la ciudad siempre heroica. Este año los progresistas zaragozanos convidaron á un banquete á los de Madrid y otros puntos y habiendo acudido hasta mil personas, se celebró un meeting general en el café de la Iberia, á cuyo meeting se asociaron con el pensamiento y la voluntad muchos que no pudieron asistir, los progresistas de Lisboa, por ejemplo, los progresistas y demócratas de Toledo que enviaron un telegrama, y otros que por no ser prolijos no enumeramos. Hubo brindis entusiastas; hubo animacion, vida, movimiento sin que por eso se turbase el órden, porque el órden no está reñido con la vida ni con el movimiento.

Los demócratas tuvieron tambien su reunion; pero no queremos hablar de ella porque nos duele que haya hombres en las filas democráticas que crean que ni para comer, ni para celebrar una fiesta, se pueden reunir con los progresistas. Esto es absurdo y los absurdos no conducen sino á cosas tristes y desgraciadas, que no hay necesidad ni este es el lugar de explicar. Afortuna-

damente los que esa conducta siguen y sostienen son pocos, y en adelante serán cada vez menos.

A la venida de las comisiones que fueron de Madrid al banquete, y media hora antes de atravesar el convoy por el tunel de Horna, hubo un choque entre otros dos convoyes del que resultaron dos heridos, y tres dias despues ocurrió un descarrilamiento del que por milagro no resultaron sino otras dos desgracias. La causa, del primer choque, como casi siempre que hay encuentro de trenes, fue el descuido del guarda-agujas. ¿Cuándo haremos pagar á las empresas esos descuidos de un modo que sea eficaz? Las empresas no cuidan de elegir guarda-agujas de confianza: eligen gente á quien dan corto sueldo ó á quien encomiendan otras obligaciones, y así la vida de centenares de viajeros están á merced de la embriaguez ó del descuido de un ínfimo dependiente. ¿Se puede esto tolerar? Creemos que no; pero los casos se repiten con harta frecuencia y esas grandes empresas que por su colosal magnitud no pueden temer la competencia de nadie y que tienen hombres políticos y de influencia en los consejos de administracion para sacarlas de cualquier apuro, se rien de las quejas del público.

Creemos que los heridos en el tunel de Horna tienen derecho á reclamar de la empresa una fuerte indemnizacion de daños y perjuicios: y es lo menos á que se puede condenar á una compañía por cuyos descuidos queda un hombre inutilizado tal vez para toda su vida, ó pierde una familia su amparo y proteccion.

Acercándose la época de la esposicion de pinturas, algunos periódicos escitan al gobierno á que piense en la eleccion del local, y lo disponga y anuncie con la anticipacion debida. Nosotros tambien le escitamos, y añadiremos, por lo que pueda valer, que en nuestro concepto el mejor local es el Museo, donde hay espaciosos salones muy á propósito para el caso. El Museo es un edificio público, construido como el Botánico, como la Aduana y otros varios, por mandado de Carlos III, pero con fondos de la nacion y para la nacion destinado. No creemos que pueda haber inconveniente en dedicar algunos de sus salones á un objeto tan análogo al de su fundacion, como es la esposicion de bellas artes; y esperamos que el señor ministro de Fomento, con cuya colaboracion nos hemos honrado algunas veces, y cuyo gusto artístico conocemos, no desdenará estas indicaciones.

Una indisposicion que nos ha tenido en cama varios dias, nos ha impedido asistir á las representaciones de

El Pedestal de la estatua en Variedades, y á las prestigiosas de doña Benita, en la Zarzuela. *El Pedestal de la estatua* sabemos que es un drama en dos actos, sobre el cual son diversos los juicios críticos que se han formado. Todos convienen, sin embargo, en que el éxito fue bueno. Doña Benita es una jóven de habilidad, que ha venido precedida de una gran fama en el arte difícil de jugar las manos. Si despues de Macallister, y de Bosco, y de Hermann, y de Velle, etc., etc., acierta, como parece, á llamar la atención del público, decimos que debe de ser mujer de cuenta.

Y ahora, para despedirnos de nuestros lectores, les diremos que en el próximo domingo, que es de Ramos, verán en EL MUSEO una magnífica composición á la *Muerte de Jesus*, que nos ha remitido nuestro amigo don Jerónimo Borao, ilustrado catedrático de la universidad de Zaragoza, y colaborador de este periódico, á quien damos las gracias y la enhorabuena por esta nueva y brillantísima muestra de su talento.

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ELOGIO DE LO PASADO (1).

Verba ligant homines taurorum cornua funes.
Si se ligan los toros por las astas
A los hombres les ligan las palabras.

Es deber de buen caballero cumplir sus promesas; y nosotros, habiendo anunciado ya á los lectores en uno de los números publicados, que continuaríamos nuestro elogio de lo pasado, vamos á consignar ahora en estas páginas otros hechos y una multitud de reflexiones muy importantes en abono de nuestro tema.

Todo lo que lleva el timbre de la excelencia, todo lo que tiene rasgos de originalidad vive siempre, y si por algun tiempo queda sepultado en el silencio y el olvido, acaba finalmente por reproducirse con mas brillo y gala. Esto ha sucedido con respecto á la arquitectura gótica: se ha hablado mucho de la de los griegos, y de sus tres órdenes, corintio, dórico y jónico: su simetría, su magnífica sencillez, el gusto esquisito de sus inventores han suministrado materia á desmedidos elogios, y hay tratados y volúmenes en folio, en que se describen los monumentos artísticos de la docta Grecia; pero aquella especie de fuerza y rudeza, que se nota en todo el conjunto de la antigua arquitectura gótica empleada en los castillos, sus columnas toscas y pesadas, si se quiere, pero originales y sin modelo ¿no son la imagen grabada en piedras duras del valor y la robustez de los pueblos que la inventaron? Cuando en algunos edificios antiguos de Italia vemos las formas de la arquitectura romana hermanadas con las góticas; en España estas últimas con las moriscas; y en Francia, Inglaterra y Alemania el estilo gótico entremezclado con los recuerdos que los cruzados trajeron de Bizancio, Palestina y las orillas del Nilo, los hombres mas entendidos y aficionados á la arquitectura de la edad media, ¿no convienen todos en que los restos del estilo gótico, que se conservan en los monumentos de distintos países han contribuido en gran manera á darles mucho aire de originalidad?

Pero la arquitectura gótica hoy no existe en toda su pureza, y el que quiera formarse una idea algo perfecta de ella, se ve obligado á recorrer las viejas crónicas, en que están consignadas repetidas descripciones de esos castillos, propiedad de los antiguos señores feudales.

Estaban todos contruidos en la pendiente ó cumbre de elevadas rocas; su puerta exterior era angosta, y llevaba á un primer patio, y de éste se pasaba á un segundo, poblado ordinariamente de fieros mastines, puestos avanzados del señor del castillo. En el último patio habia dos escalerillas largas y estrechas, como la muy misteriosa, que vió en sueño el patriarca Jacob.

Entrambas conducían á un primer piso, luego á un segundo y á un tercero: sus paredes ahumadas y tristes recibían una luz opaca al través de pequeñas ventanas con vidrios colorados ó cortinas de un lienzo muy basto.

El aposento en que el señor feudal se entregaba al sueño ó á la meditación de alguna nueva y estupenda empresa, estaba atestado de adargas, escudos, corazas, lanzas y de aquellas armaduras magníficas, que convertían al guerrero en un hombre todo cubierto de hierro. En esos tiempos, á que aludimos, los señores de horca y cuchillo, no sabían escribir ni leer, porque llevados en alas de su buen sentido, no ignoraban, que el origen de todos los males mas dañinos, y contrarios al bienestar de los seres racionales, es lo que hoy tanto se pondera bajo el nombre engañoso de cultura intelectual. Todos esos libros de política, que circulan en Europa, todos esos periódicos de distintos colores, ¿no facilitan las avenidas á la exaltación y la anarquía? Todos esos libros de historia ¿no desfigurán los hechos y siembran la mentira? Todas esas novelas y poesías fantásticas ¿no corrompen la pureza de las costumbres y agitan el espíritu?

Pero cierto sonido bronco, que me zumba ahora en los oídos, me impide continuar esta saludable digresión:

es la voz molesta de críticos indiscretos, que mirándome con fiero ceño, me hablan en esta forma: «¿Qué quiere usted que hagamos con una tan larga tirada de palabras? ¿se ha propuesto usted acaso hacer el elogio de la ignorancia? En esa palestra, buena ó mala, le han precedido ya otros escritores mas elocuentes, y es ocioso repetir sus argumentos. ¿No ha echado á volar usted su fallo inexorable de que la arquitectura gótica tiene muchas excelencias, y que su energía, su robustez y su misma rudeza revelan originalidad y fuerza?—Siga, pues, con su tema, y no se pierda en episodios y digresiones. Pero la breve descripción de esos antiguos castillos, que usted acaba de presentarnos nada tiene de halagüeño y hermoso para que se la pueda comparar con la de la arquitectura griega, esbelta, noble y sencilla.»

¡Críticos miserables! es mucha vuestra ignorancia: todas esas observaciones vulgares son dignas de lástima, y vosotros no merecis mas que desprecio. La arquitectura gótica no es grande y magnífica por sus formas exteriores, sino por la inmensidad de las ideas, que despierta en la mente del hombre pensador: cada castillo de esos antiguos señores feudales era el verdadero símbolo de otro mundo místico y eterno. Los largos y angostos corredores, sus paredes ahumadas, sus ventanas, que despedían una luz opaca y triste, ¿no daban la idea del limbo, en que estuvieron los patriarcas antes de la venida y aparición del Mesías? Los mastines del segundo patio ¿no recordaban con sus ladridos el cerbero de las tres cabezas, que guardaba las puertas del Tártaro? ¿Podían contemplarse esos castillos, sin sentirse uno agitado de una interna conmoción? La tristeza y el silencio, que reinaban en sus alrededores, y la soledad del campo ¿no eran una imagen, aunque imperfecta, del antiguo caos? Comparad ahora, si tenéis osadía para tanto, el Partenon de Atenas, ó el templo del Júpiter Olímpico de Agrigento ó el Palacio de Oro de Neron con los castillos góticos, comparadlos con el palacio de cristal, esfuerzo ridículo é inútil del arte, y vereis desde luego, que ninguno de esos edificios despierta ideas que rayan en lo infinito y eterno.

Muchos han hablado con ira y escarnio de las Cruzadas, dando los epítetos de delirio é insensatez á esas guerras santas contra los infieles; otros, por el contrario, han dicho que fueron útiles y provechosas, porque trasladaron al Occidente industrias nuevas; dieron alas al comercio y ensancharon la esfera de los conocimientos geográficos. Nosotros, sin ineternos en camisa de once varas, entablando discusiones áridas y espinosas, que no son de la índole de este periódico, no vacilamos en afirmar que las Cruzadas fueron perjudiciales á los pueblos de Europa, porque sacudieron hasta en sus cimientos el edificio del antiguo feudalismo. Entonces fue cuando los señores de horca y cuchillo, cuando esos héroes de la edad media comenzaron á separarse de sus vasallos y á enagenar sus tierras, á fin de reunir el dinero, que necesitaban para las guerras de Palestina. Entonces fue cuando muchos de esos castillos quedaron desiertos y abandonados y andando el tiempo desaparecieron con grave perjuicio de la arquitectura gótica.

¡Ah! sin las Cruzadas el feudalismo se habria perpetuado tal vez hasta nuestros días, y los castillos de esos antiguos señores, sirviendo hoy de refugio y morada á sus parientes, vasallos, amigos y otros muchos, podrían habernos proporcionado la dicha de no ver las caras indigestas de todo ese rebaño de caseros, ni la repetición ordinaria de arrendamientos escandalosos, que nos obligarán paulatinamente á dormir al aire libre, porque es preferible un fuerte constipado al pago mensual de excesivas cantidades para tener un mal techo.

En los tiempos felices, anteriores á las Cruzadas, los castillos á que aludimos, servían tambien de hospedaje á los caballeros andantes, de cuya institución noble, filantrópica, magnífica y político-religiosa no conservamos mas que noticias oscuras é inexactas. Sabemos, sin embargo, que cuando un caballero se acercaba á un castillo era para el señor feudal un festejo, un honor: y si es cierto que anunciaba su venida, tocando un largo cuerno un enano, que estaba de atalaya en las almenas, su llegada no podía ser mas poética ni magestuosa. ¿En qué otra época han desempeñado los enanos un oficio tan noble? ¿en qué otra época los cuernos han tenido mas aprecio?

Los caballeros andantes deshacían tuertos; defendían á los oprimidos; amparaban á los huérfanos y á las viudas, y la sola lanza de uno de esos héroes era mas fuerte que todos los tribunales y juzgados de cualquier país de la moderna Europa. Las órdenes caballerescas, que hoy tenemos, sirven únicamente para satisfacer el orgullo y la vanidad, y no amparan á los necesitados; no consuelan á huérfanos ni viudas, y aunque ricas de reminiscencias de la edad media ya no florecen. La sola institución caballerisca, que todavía medra, es la de los caballeros de industria, que con arte admirable saben vivir á costa de todos los países.

Pero permitásenos ahora lanzarnos á las elevadas y sublimes regiones de la filología y dar rienda suelta á nuevas y profundas doctrinas.

El gobierno feudal, que en la edad media era el único, que dominaba en todo el Occidente con raras é insignificantes modificaciones en este ú otro país, habia comenzado á inaugurar una lengua universal: era el latin

hermanado con las formas sencillas, pero enérgicas y propias de los pueblos, que acababan de destruir el coloso romano.

Para dar á entender, por ejemplo, que los inquilinos de una casa no echarían de menos á los aguadores, porque en sus mismos hogares tenían á su disposición de día y de noche un gran chorro de agua con solo hacer girar una espita, se decía que fulano ó zutano *locavit domum cum aqua fluente* (alquiló una casa con agua corriente) ¡qué sencillez expresiva y enérgica al propio tiempo! Y en esta circunstancia no queremos pasar por alto, que la palabra *fluente*, tiene un sonido imitativo y muy filológico, porque da la idea del sordo murmullo, que produce el agua durante su curso.

¿Hay comparación posible entre esta lengua universal que la caída del feudalismo ahogó en mantillas, porque fue entonces cuando brotó aquella multitud de idiomas, que hoy crecen y se multiplican, hay comparación posible, digo, entre esta lengua universal, y la que se pretende crear en España, aplicando nombres muy particulares y peregrinos á todas las cosas?

Dícese que esta innovación es muy necesaria para crear una lengua filosófica, y formulada en términos, que entre los sonidos articulados y las ideas que expresan, exista una perfecta analogía, y aquella marcha uniforme de que carecen las demás lenguas, cuyas palabras son casi todas puramente convencionales. La teoría no deja de ser sublime; pero ¿qué uniformidad, qué gracia filológica, que analogía median entre el sacerdote y la palabra *nalga* que es el nombre que el nuevo diccionario de la lengua universal aplica á los ministros del santuario? El que da al Ser Supremo es mas impertinente aun, y me abstengo de apuntarlo en estas páginas, porque no lo juzgo muy del caso.

Se me dirá tal vez que nada importa, que tengan en castellano mal sonido la palabra *nalga* aplicada al sacerdote, el nombre dado á la Divinidad, y otros varios por el mismo estilo, aplicados á objetos distintos, porque ni en alemán, ni en francés, ni en otras lenguas sucederá lo propio. Convengo en ello, pero es de suponer, si queremos atenernos á las reglas de la buena lógica, en virtud de lo que llevo espuesto, que en el nuevo diccionario de la lengua universal habrá palabras que provoquen la risa en idiomas distintos del castellano, y cuya aplicación á cosas ó funciones augustas será una verdadera impertinencia; la cual, lejos de disiparse y desvanecerse, andando el tiempo, se perpetuará de generación en generación, porque la nueva lengua universal, que se pretende crear servirá para escribir el hotentote al turco, y éste al belga y al inglés en un mismo idioma, y no para abolir ó lastimar las lenguas existentes.

Si el feudalismo no se desplomara, la lengua universal, que habia comenzado á estenderse por do quiera, habria tomado formas mas regulares, y no necesitaríamos hoy llamar *nalga* á ningún sacerdote.

¡Ah! la edad media fue bajo todos conceptos una larga serie de siglos de oro, y los sabios modernos, penetrados de esta gran verdad, procuran resucitar cada día con mas ahinco sus heroicas reminiscencias. Los caballeros andantes, de quienes hemos hablado, las justas y los torneos, las cortes de amor, en que las damas discutían con aplomo y mas gravedad, que los Areopagitas de Atenas, sobre los afectos delicados del amor, diliniéndoles y particularizándoles, los trovadores, que los celebraban en sus cantos, ¿no han dado alas á los arranques de la brillante fantasía de los vates mas eminentes? En esa época el amor platónico es amor mas puro que el agua clara, fue una realidad y no una mentira. Cada caballero andante tenia su dama, y sin pensar en tonterías, y muchas veces sin conocerla ni haberla visto jamás, se declaraba su vasallo, se sometía por amor suyo á penosos trabajos, é invocaba su amparo y protección en las empresas mas atrevidas y arriesgadas que acometía.

Los que califican de bárbara la edad media merecen desprecio y castigos muy severos, y los que suponen que el mundo ha adelantado mucho por los nuevos descubrimientos, que pertenecen á nuestra época, viven en un lastimoso engaño.

¿Creéis por ventura que los ferro-carriles, los vapores, el gas y los telégrafos han mejorado nuestra condición? ¿Creéis, por ventura, que han sido provechosos y útiles para el humano linaje?—¡Miserables!—en la edad media se viajaba con descanso á pie ó montados en un mulo ó en un borriquito, animal paciente, simpático y muy mirado. Hoy, por el contrario, el viajero se ve espuesto á graves y repetidos riesgos en las locomotoras: ya estalla la máquina, ya se hunde un puente, ya se encuentran con fiero choque dos wagones. Unos viajeros se quedan muertos; otros se lastiman las piernas y los brazos; otros se rompen la cabeza. En los vapores sucede lo propio, con la corta diferencia de que los viajeros, despues de haberse ahogado, sirven de pasto á los tiburones ú otros monstruos marinos. El gas despierta incendios, y su alumbrado es incómodo y perjudicial á todos los ciudadanos. Cuando en las calles no habia mas que un candil de trecho en trecho, cualquiera podía pasearse de noche con sus chinelas y su bata sin que nadie lo notara; podía concurrir á sus citas, sospechosas ó no, sin que nadie le viera. Hoy con todo ese alumbrado de gas no se diferencia la noche del

(1) Véase el número 2 de este año.

dia, y cada cual no es dueño de sus acciones; ¡qué abuso, qué atentado contra la libertad individual! Cuando no había telégrafos las noticias tristes llegaban con retraso á las víctimas infortunadas, y prolongaban su esperanza de que no sucedería lo que temían; las buenas noticias tardaban también, y el individuo, antes de tener la satisfacción de ver cumplidos sus deseos, había experimentado aquel inefable placer, que es inseparable del hombre, que ha previsto ya ver realizada su felicidad.

En los tiempos muy dichosos del gobierno feudal era reducido el número de las ciudades, y eran todas pequeñas, modestas y sencillas; pero, con el trascurso de los años, comenzaron á engrandecerse, y entonces se les adornó con lujosos edificios, ¡testimonio de orgullo é insensatez, como la antigua torre de Babel! En el siglo XVI y XVII comenzaron á empedrarse las calles y desaparecieron de las ciudades los últimos vestigios del feudalismo, en cuyo seno vivieron nuestros padres, y á quienes no ocurrió nunca empedrar las calles, porque las yerbas y florecillas que espontáneamente producía la tierra en el recinto de sus murallas, les recreaban la vista.

En Madrid, el primer monarca que mandó empedrar las fue Carlos III, llevado del laudable propósito de embellecer esta noble villa; pero nosotros, á pesar de que su memoria nos inspira un profundo respeto, no vacilamos en afirmar que su medida gubernativa fue perjudicial á la nación y á los intereses de los particulares. Cuando las calles de Madrid no estaban todavía empedradas, las recorría con desenfado y libertad una multitud de marranitos, que se alimentaban regaladamente con las inmundicias que se les ofrecían al paso, y repitiendo siempre la misma operación, dejaban las calles limpias como el oro. Es de advertir además, que con su gruñido ordinario, que es una especie de música campestre, halagaban también los oídos de los transeúntes.

Si todo esto es cierto, como lo aseguran escritores fidedignos del siglo pasado, ¿no es más cierto aun, que Carlos III mandó empedrar las calles por un error de cálculo, y que no hizo más que aumentar el presupuesto de la nación, y lastimar los intereses de los infelices propietarios de cerdos?

En fin, todas las reformas é innovaciones, todos los descubrimientos con que nos han regalado los amantes del supuesto progreso, calificando de bárbaros á los señores de horca y cuchillo, y de crueles y tenebrosos los siglos en que vivieron, nos han hundido en un piélagos de desventuras; y nosotros, que anhelamos el verdadero bien del humano linaje, elevamos fervorosos ruegos al Todopoderoso, para que al cataclismo político, que agita hoy á nuestra Europa, siga otro geológico, que borre todo lo existente, y haga que las generaciones futuras disfruten de una vida mejor que la nuestra, volviendo á los siglos de la guerra de Troya y de Homero, y á los de otro feudalismo más perfecto que el de la edad media.

SALVADOR COSTANZO.

GERONA Y SUS MONUMENTOS.

II.

CATEDRAL.—DETALLES.—EL CORO.—EL RETABLO Y BALDAQUINO DE PLATA.—SEPULCROS Y ALTARES.

Pasando á los monumentos del interior de Gerona, el primero en importancia, mérito y orden cronológico, siquiera en lo antiguo de su fábrica, es la catedral.

Historiada y descrita largamente por Villanueva, Pifferrer, Blanch, Pi y otros escritores que se nos han adelantado, evitaremos repeticiones, citándonos á consignar nuestras observaciones particulares.

Obra magestuosa de suyo, adquiere mayor realce por su elevado emplazamiento: una regia escalera de tres mesetas y ochenta y seis gradas, comenzada á espensas del obispo Arévalo de Zuazo á principios del siglo XVII, aunque más adelante se reformó con su plan actual, sirve de magnífica peana al gran frontis, incoado también á mediados de aquella centuria, y terminado con ella por diligencia de otro obispo, don Severo Tomás Auter, insigne bienhechor de su sede. Hállase enteramente esculturado de varios mármoles, en tres cuerpos de orden greco-romano y buena labor, coronados por una inmensa O de gusto análogo. Disimulando la frialdad del paramento, véanse á sus lados dos balconillos de harto mal género, y sin cornisa de remate queda inacabado aquel frente con una sola de las dos torres que debían flanquearlo, careciendo asimismo de estatuas las hornacinas á ellas destinadas. De hojarasca con clavazones de hierro y bronce, merecen citarse ambas hojas de la puerta por su recomendable ejecución.

¿Quién diría que bajo tan prosaico exterior se esconde una de las basílicas más donosas que engendró el sentimentalismo de la edad media? Conforme nos admiramos al descubrir bajo roca cubierta una joya de gran valía, así se embargan los ojos y el ánimo del viajero al abarcar en su totalidad aquella nave, cuya erección fue debatida en gran certamen científico, rece-

lando de su osadía los mismos artifices que tan arrojosos eran en sus construcciones. La parte ya concluida bajo el plan de tres naves cuando esto sucedió, es la que ciñe el presbiterio con un semicírculo de gallardos pilares, quedando de repente en un vano hasta la nueva bóveda, en cuya haz campean para iluminación y adorno, tres vistosos rosetones.

Ahora bien: por poco que se sientan las bellezas del arte más genuino del cristianismo, arte fenecido hoy para engendrar, pero vivo en sus productos, tan vigoroso como la fe, tan expresivo como el amor, cuando aun no se habían contrastado esas dos piedras angulares de la religión que debía dar paz á los hombres; nadie dejará de maravillarse en presencia de aquel augusto recinto, que calculadamente reúne cuantos prestigios pueden elevar la fantasía y conmover el corazón: grandeza, alteza, misterio, símbolos místicos, ideal, sublimidad: la bóveda que se lanza indefinidamente como buscando el cielo: la orla de ventanas que cual aureolas de gloria ofrecen sobre vivos matices representaciones del Nuevo Testamento; la serie de capillas rodeando el templo, como trasunto de las moradas de la celeste Jerusalén: las líneas convergentes alrededor del santuario, á manera de rayos de una grande estrella, en cuyo seno se vela entre sombras el Misterio de los Misterios; la misma galería con inua de pequeñas ojivas que tan donosamente rasga el muro á mitad de su elevación, sobre ser un motivo original que no hemos visto en otra parte, recibiría un sentido simbólico figurando ya el universal homenaje, ya la unidad de la creencia ó la continuidad del culto en la sucesión de los tiempos. Lástima que toda esa armonía venga á estrellarse en los absurdos paredones del coro, que con un inmenso órgano por testero embaraza el cuerpo de la nave, cual hecho á propósito para destruir la visibilidad.

Si pasamos al detall de las joyas que esta iglesia reúne, nos faltará lugar para enumerarlas: solo el retablo mayor daría asunto á una disertación con el análisis de de sus primores. ¡Cuánta gentileza, cuánta gracia en las breves dimensiones de unos tres metros de alto por cinco de ancho que alcanza aquella obra maestra del goticismo!

Rica por su materia, como de plata, esmaltes y pedrería; por su trabajo como de filigrana y alto-relieve, con abundancia de figuras, pinaculillos, orlas, recamados, etc., no hay que encarecer lo precioso del conjunto y de cada una de las partes componentes.

Es un paralelogramo dividido por cuatro fajas horizontales y verticalmente por pilaretes, formando en esta disposición una serie de cuadros que espresivamente figuran los misterios de gozo, dolor y gloria, y algunas escenas de la Pasión. El centro del segundo y tercer cuerpo, lo llena el sagrario, adición al parecer más moderna, y en el cuarto campea la imagen de Nuestra Señora, con que hacen juego por ambos extremos San Narciso y San Félix, patronos de la ciudad. También en los ángulos del cuerpo bajo hay dos figuritas de obispos que representan á los llamados Guilaberto y Berengario de Cruilles, costeadores de esa obra en el trecenio de 1335 á 1348, según lo prueban unos escudos de sus armas y las memorias capitulares.

Por gran fortuna, no común en monumentos de semejante clase, á más de la fecha, constan los nombres de sus autores, ya por una inscripción al pie del retablo que dice: *Pere Bernec me feu*, ya por nota de un registro de la curia episcopal, según las cuales el tal Bernec, con la variante de *Barners*, era platero de Valencia y dependiente de la casa real, habiendo en 1.º de diciembre de 1348 firmado carta de pago á dicho obispo Berengario de Cruilles, por el saldo que se le debía *ratione illius tabulæ argenti, cum universis imaginibus in ea factis, que deposita et affixa est iusta et retro altare Beate Virginis Mariæ sedis Gerundæ*. Otro artífice local debió de entender en el mismo trabajo, por cuanto según el citado libro, *Raimundo Andreu*, platero de Gerona, en octubre de 1347, ofreció al mismo obispo labrar «toda aquella tabla de plata que debía ponerse *subtus retrotabulum argenteum altaris majoris* (1).» Consta no menos que un maese *Bartolomé*, platero, á 21 de mayo de 1325, cobró 1,000 sueldos en razón de *operibus per eum factis et completis in retrotabulo argenteo altaris majoris*; pero esta noticia parece contraerse á la mesa del altar que aun queda, si bien despojada de su valioso revestimiento, y así como de otra joya muy superior, desaparecida en la aciaga invasión de los franceses: aludimos al frontal de oro, régio donativo de la condesa Ermisenda, presentado más adelante por su nuera Guisla, hácia la fecha de 1090, cuya descripción hace en los siguientes términos el padre Villanueva, que pudo aun disfrutar de su vista poco antes de comenzarse la guerra:

«El ara del altar es una pieza de mármol de unos doce palmos de longitud y seis de latitud, adornada de varios recalados en su plano... Está enteramente aislada, y sus cuatro costados cubiertos con gran riqueza de plata y oro, y algunas piedras no despreciables. El principal está cubierto con un frontal de oro, que creó ser la *tabula aurea*, para cuya construcción dió la condesa Ermesiadis 300 onzas de oro el día que se consagró la

(1) *Viaje literario*, t. 12, pág. 185.

iglesia (21 de setiembre de 1038), como se dice en su escritura... Está dividido en treinta y dos cuadros que representan de relieve varios pasajes de la vida del Salvador, cuyo centro ocupa un óvalo con una imagen de Nuestra Señora. Al pie de este óvalo hay otro pequeño en que está figurada de esmalte una señora sentada, y alrededor se lee: *Gisla cometissa fieri jussit*. Esta fue la segunda mujer del conde Berenguer, hijo de Ermesiadis, la cual ejecutó los deseos de su suegra, cuyo nombre se ve detallado en una piedra al lado derecho del que mira al ovalito, donde se lee: *Ermesiadis*. Las figuras todas son de pésimo dibujo (no estaba familiarizado el buen padre con el arte de la edad media), cosa tanto más para extrañar, viendo en el contorno y fajas divisorias algunas grecas y arabescos que no desplacen (qué tal serían cuando arrancaron este elogio á un prosélito de las rutinas clásicas). En los cuatro ángulos se pusieron de esmalte las figuras alegóricas de los Evangelistas, con sus respectivos lemas, de los cuales solo pude leer el de San Juan que dice: *More volans aquilæ, verbo petit astra Johannes*. Entre las piedras engastadas hay un camafeo que me pareció la cabeza de Medusa, y dos sellos árabes que no copié por lo incómodo de su localidad. Las tablas laterales y testera son de plata, con varios relieves menos incorrectos que los otros, y que saben al siglo XIV.»

¿Qué documento para apreciar la altura y las condiciones del arte decorativo-suntuario de nuestros condes en una época tan escasa de análogas memorias! Y pensar que esa joya se guardó incólume más de siete siglos para desaparecer justamente en nuestros días, como otras muchas que la han acompañado y seguido, para eterno baldon del cacareado siglo XIX...

El mismo retablo de plata se arrancó y llevó á Barcelona, y hubiera desaparecido con lo demás, á no mediar la solicitud del cabildo. Baste decir que dos veces ha sido rescatado por el valor de su peso, y mucho tememos por él de otra razzia, atendido el cebo que siempre ofrecerá su material, si bien insignificante en comparación de la forma. Bueno sería que en la prevision de tal contingencia, se sacaran facsímiles ó moldes, para conservarlos como recuerdo y asunto de estudio en nuestras academias, no sobradas en verdad de tales modelos. Ya que carecemos de museos arqueológicos, hágase algo por quien mejor proceda, á fin de evitar la consumación de esas pérdidas irreemplazables, que nos arrojan á la cara el descrédito y la falta de patriotismo.

Dependiente del altar hay un accesorio, único en su clase, al que hacemos estensivas las indicadas consideraciones. En los cuatro lados (*corono*) de él, se elevan otras tantas delgadísimas columnas, que sostienen por sus puntas una cobija ó baldaquino, á manera de vela hinchada, todo de plata é imaginería, con gran profusión de pinturas, dorados y arabescos. Es obra del mismo tiempo, costeada á principios del 1300 por Arnaldo de Soler, arcediano de Besalú, según reza la piedra sepulcral del mismo, colocada á mano izquierda de la puerta de los claustros: *Qui suis expensis propriis fecit fieri cimborium seu cohoptorium argenteum super altari majori ecclesie Gerundensis. Obiit anno D MCCCXX sexto, VIII kal. Augusti*. En 1292 se proyectaba ya esta obra, toda vez que el tesorero, Guillermo Granfredo, en testamento de aquel año, dejó para ella (*ad cimborium argenteum faciendum desuper altare Beate Mariæ*), un pío legado de 10,000 sueldos.

Nuestros encarecimientos no se graduarán de ponderación, con decir que para el exámen de esas preciosidades del arte religioso, hay que llegarse á reconocerlas, vela en mano, por ser todo ello un cosido de grabados, caladitos, cinceladuras, incrustaciones, etc., tan caprichosas y diminutas, como suelen verse en los códices más ricos: rieles floreados, fondos prismáticos, orlas de animales y vestidos, todo de esmaltes brillantísimos, inimitables para la moderna industria, y que de sí solos constituyen una maravilla sin precio. Sentimos que la falta de tiempo y la proligidad del asunto nos impidiesen sacar alguna copia, como hubiéramos deseado.

Aun no concluimos con el altar. Hay en su estremidad unas muescas, donde suelen encajarse tres de las siete ú ocho cruces procesionales, riquísimas y de varias épocas, que corresponden al tesoro de esta Seo. Como el retablo acaba en línea casi unida, fue muy oportuna idea agregarle esos aditamentos, que á guisa de remate le prestan sumo realce. Las tres cruces son á cual más preciosas: una bizantina pura, de plata blanca, con unos mosaicos orbiculares de esmalte en sus cuatro aspas, figurando en el anverso los símbolos evangélicos, y en el reverso las personas de la Santísima Trinidad, y la Virgen. Las otras dos son de crestería y figurinas del siglo XV al XVI. En el mismo plano, detrás del retablo, subiéndose por dos graderías colaterales, descuella un trono episcopal de mármol gris, de una pieza, grandioso y sencillo en su hechura, que lo es del siglo XII, (véase el grabado que lo representa). Sentados en él, celebran los pontífices las misas solemnes de cara al pueblo, desde el introito hasta el ofertorio; usanza catedralicia de origen antiquísimo, pues consta su observancia desde los primeros tiempos cristianos. Finalmente, junto y al lado derecho del altar, admírase el sarcófago del obispo cardenal Berengario de Anglesola, trabajo complicadísimo y del gótico

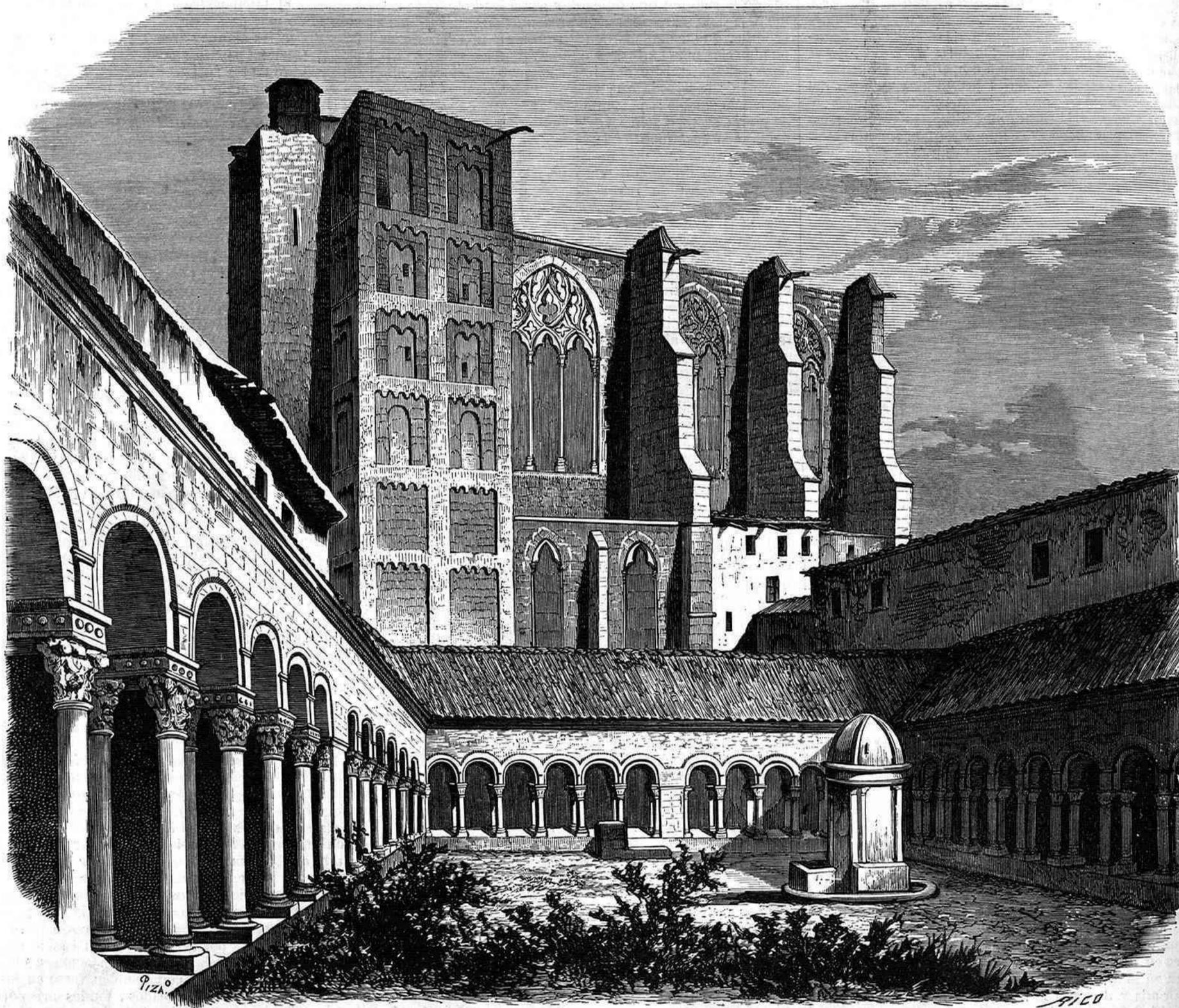
mas delicado, que se recomienda como una preciosidad aun en medio de las varias que le rodean.

No es este el solo adorno sepulcral que encierra la iglesia de Gerona, pues distribuidos por sus capillas, hay seis ú ocho á cual mejor, dignos todos de consideración y estudio, con bellas estatuas echadas, cobijas y doseletes de hojarasca, figuras plañideras, dignos modelos de trages, y otras menudencias del gusto que los creó. Por su valor histórico, citaremos dos que resaltan

á derecha é izquierda del crucero, uno encima de la puerta de la sacristía, y otro en el lienzo de pared fronterizo, aquel perteneciente á Ramon Berenguer, *Cap de Estopes*, el infortunado conde víctima de un fratricidio, y éste á su no menos infortunada viuda la condesa Mahalta, que tras la árdua tutela de su hijo don Ramon Berenguer III, esposa y viuda otra vez de Aimarico, vizconde de Narbona, vino como hemos dicho á retirarse en San Daniel, queriendo ser sepultada al lado de su

primer consorte. Ambas tumbas son muy posteriores, hallándose decoradas con estatuas al natural y escudos de armas.

De los demás retablos antiguos pocos se salvaron: tras del presbiterio véase un cuadro del 1500, que figura el descendimiento de la cruz; en la capilla de Santa Inés hay varias tablas llenas de personajes del tiempo de los Reyes Católicos, acabadas con toda la maestría y buen sabor del renacimiento.



CLAUSTROS DE LA CATEDRAL DE GERONA Y TORRE DE CARLO-MAGNO.

En muchas capillas deben notarse las verjas que las cierran, por la elegancia de sus curvas ojivadas, torzales, calados y penachería, siendo del mismo género los bancos ó arcones que se hallan arrinconados en alguna.

La que sirve de baptisterio, luce una pila notable por su gran capacidad, toda de mármol oscuro de un solo trozo, aunque sencilla de líneas y poco elegante en el corte.

La titulada de los Santos Mártires, á mano derecha del presbiterio, á mas de reunir los preciosos enterramientos de los obispos Cruilles y Mourodó, que corresponden á mediados del siglo XIV, y la bella urna de los cuatro santos Paulino, Germand, Justuro y Sicio, cuyos bustos coronados superan el monumento; es una curiosidad ritual, con motivo de su antigua dedicación al emperador Carlomagno, que aun se ve representado en la cima del altar por una graciosa estatua del siglo XIV.

Carlomagno se ha hecho místico en Gerona; su recuerdo aparece en los anales civiles y eclesiásticos, en las tradiciones y en algunas memorias de la localidad. Sabido es el suceso de las cruces de fuego que el cielo llovió sobre el campamento cristiano, la víspera de ga-

narse Gerona por el emperador; y aunque el hecho de su asistencia personal pasa por asaz dudoso en el crisol de la crítica, no cabe negar que esas hipótesis legendarias, prohibidas por el caballeresco espíritu de la edad media, dieron origen á la semi-divinización del mas fantástico entre los héroes de gesta, cuyo culto en Gerona, positivo y establecido en 1345 por el obispo Arnaldo de Monrodó, á dia fijo y con oficio propio, es un entusiasmo superior á cuantas exageraciones se han hecho del monarca franco en su mismo país.

(Se concluirá).

J. PUIGGARI.

EL MANÁ.

Con este nombre, que la historia maravillosa del pueblo hebreo ha hecho célebre, se designan sustancias diversas, mas ó menos análogas á la que sirvió de alimento á los israelitas en su peregrinación á la tierra de Canaan. Hállase en primer lugar el maná comun, *manna communis*, ó maná en suerte, y el maná en lágrimas,

manna lacrymata, ambos procedentes de la Sicilia y la Calabria, zumo concreto de una especie de fresno, *fraxinus ornus*. El maná en suerte, fluye espontáneamente del árbol en los meses de setiembre y octubre, y se seca en masas irregulares y algo grasientas. Para obtener el maná en lágrimas se practican incisiones en los meses de junio y julio, por donde destila el zumo, que se seca pronto, ya en la misma corteza, ya á lo largo de unas pajitas, de intento introducidas en las incisiones, en forma de lágrimas ó gotas mas ó menos grandes, secas, blancas, suaves y azucaradas. Hay además otra variedad de la misma sustancia, y es el maná craso, *manna inferior*, que fluye en los meses de noviembre y diciembre, y al secarse se mezcla con los restos de vegetales y otros cuerpos estraños que rodean al árbol, por cuya corteza se derrama. El maná en lágrimas es el mas puro, contiene un décimo de su peso de azúcar, y lo usan como alimento los italianos. Las otras dos variedades impuras tienen propiedades laxantes, y son usadas entre nosotros como remedio.

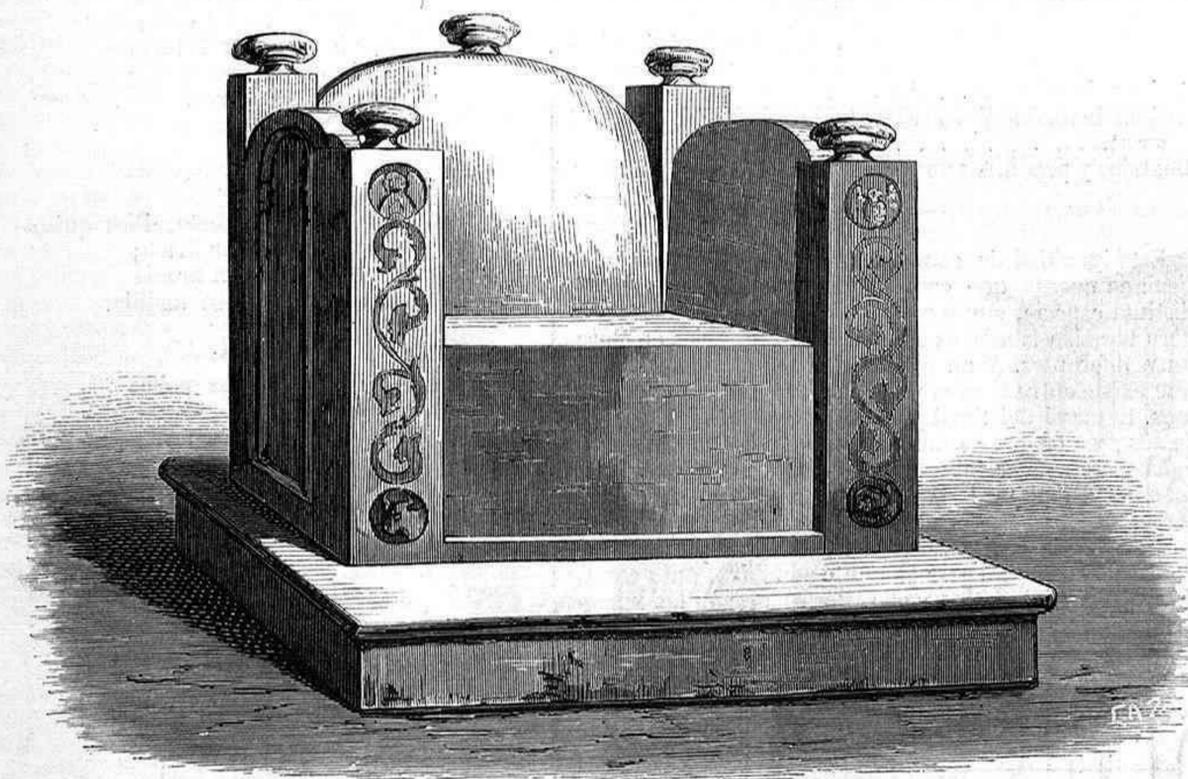
Conócense además las especies de maná siguientes. Maná de *alhagi* ó de *agul*, exudación del *hdysarum alhagi* de Persia.

Maná de Briançon, *manna brigantiaca*, que exuda

espontáneamente del *pinus larix* en los alrededores de Briançon. Se le recoge en granos pequeños, redondeados, amarillentos, de sabor nauseabundo, en los meses de junio y julio, pero solo en los veranos muy calurosos. Maná líquido ó *tereniaba*. sustancia pegajosa, bastante parecida á la miel blanca, que se recoge en Persia, en Asia y en Egipto, de las hojas de varios arbustos,

y que para algunos autores, no se diferencia del maná *alhagi*.

El maná celeste, aéreo ó del rocío, es una sustancia alimenticia que aparece repentinamente en ciertas circunstancias, y cubre como un barniz las hojas de algunos árboles, desde los cuales cae al suelo. Otros dicen que lo traen los vientos fuertes. Pero en realidad consis-



TRONO EPISCOPAL DE LA CATEDRAL DE GERONA.



FIGURITA DEL CORO DE LA CATEDRAL DE GERONA.

te en cierta especie de líquenes, *Uromora affinis* de Everman, *lichen esculentus* de Pallas.

El maná del Sinaí, es la exudacion del *Tamarix mannifera*. Segun Ehrenberg, se produce bajo la influencia de la picadura de un insecto, el *Cercus munniparus*.

Maná de Siria, ó mejor del Kurdistan. Recógese en las hojas de encina despues de secas al sol, en los meses de julio y agosto, mas no todos los años.

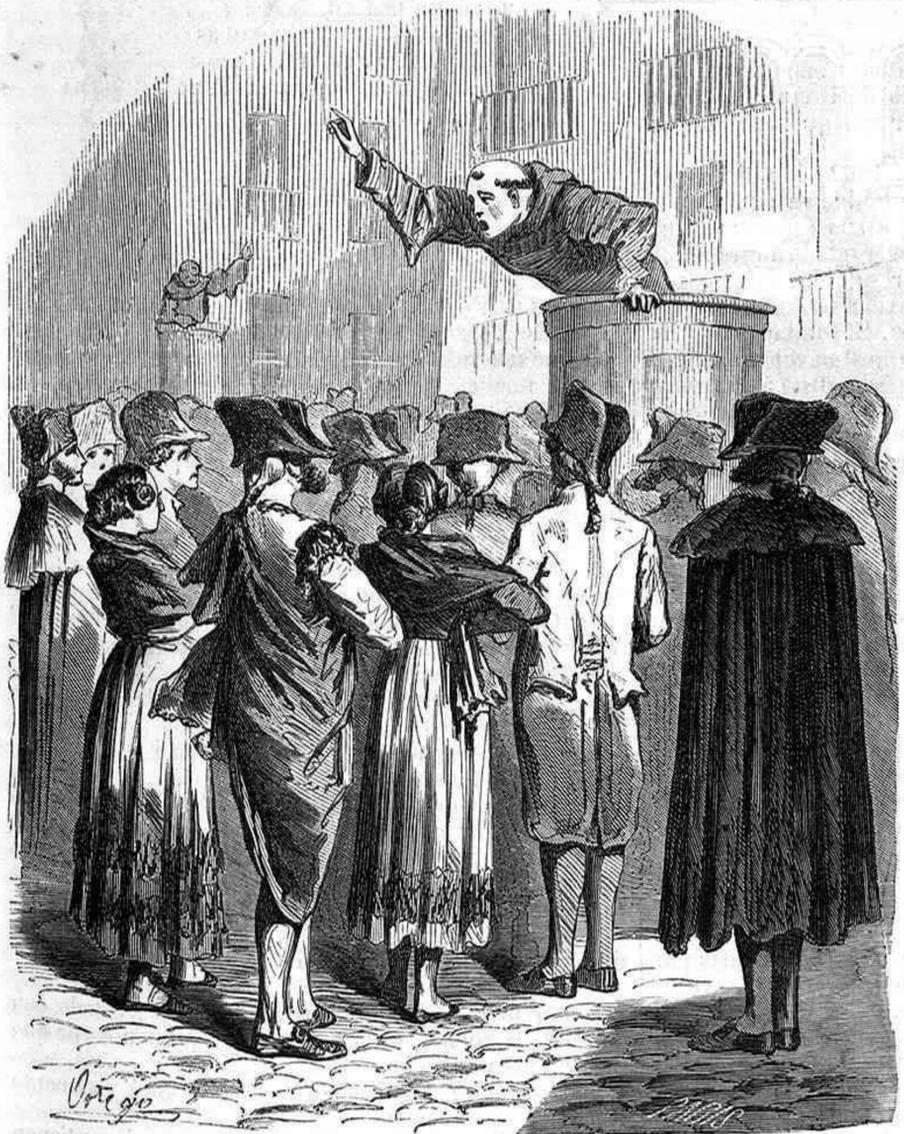
Tal es el origen botánico de los manás hasta ahora conocidos. Para hacer su historia, describir sus propiedades y dar noticia del uso que se ha podido hacer y hoy se hace de estas sustancias, debemos consultar antes el documento histórico mas antiguo y fidedigno, el libro del Exodo.

Llegados los israelitas, en su peregrinacion á la tierra de Canaan, al desierto de Sin, entre Elim y el monte

Sinaí, comenzaron á murmurar contra Moisés porque los habia sacado de Egipto, donde tenian que comer con abundancia, para traerlos á perecer de hambre en el desierto. Moisés les ofreció en nombre del Señor que no les faltarian carnes y pan para su sustento. Y dice el capítulo XVI del Exodo:

13. Llegada, pues, la tarde, vinieron tantas codornices, que cubrieron todo el campamento, y por la

ANTAÑO Y OGAÑO.



Competencia de frailes misioneros predicando moral á los chisperos.



Mendigos que virtudes no predicán, y que acaso cantando las practican.

mañana se halló esparcido también un abundante rocío.

14. El cual, habiendo cubierto la superficie de la tierra, quedó en el desierto sobre el suelo una cosa menuda, y como machacada en almirez, semejante á la escarcha que cae sobre la tierra.

15. Lo que visto caer por los hijos de Israel, se dijeron unos á otros. *Manhú?* que significa ¿qué es esto? Porque no sabían qué cosa fuese. A los cuales dijo Moisés: este es el pan que el Señor os ha dado para comer.

19. Advirtiéndoles además Moisés: nadie reserve de ello para mañana.

20. Algunos no le obedecieron, sino que lo reservaron para el día siguiente, y empezó á hervir en gusanos, y se pudrió: por lo cual se enojó Moisés contra ellos.

21. Recogia, pues, cada uno de madrugada lo que le podía bastar para su mantenimiento; y en calentando el sol se derretía el maná del campo.

24. Hicieronlo según y como Moisés lo había ordenado, y el maná no se pudrió, ni se halló en él gusano alguno.

35. Y la familia de Israel, llamó á aquel manjar *Man*, el cual era blanco, del tamaño de la simiente del cilantro, y su sabor como torta de flor de harina amasada con miel.

36. Y los hijos de Israel comieron maná por espacio de cuarenta años, hasta que llegaron á tierra poblada en que debían habitar: con este manjar fueron alimentados hasta que tocaron los confines de la tierra de Canaan.

Hasta aquí el Exodo.

No fue, sin embargo, el pueblo de Israel el único que en la antigüedad usó esa especie de alimento. Crean algunos que el maná fue conocido y usado por los griegos. Mas, son tan abundantes en ciertas regiones los productos vegetales análogos al maná descrito, que es muy fácil confundirlos unos con otros.

Algunos naturalistas residentes en Siria y en el Kurdistan turco, ó llevados á viajar por amor á la ciencia, han hecho el análisis de las diferentes sustancias conocidas con el nombre de maná en esos países, ó que tiene con él alguna semejanza. El doctor Gaillardot, que reside en Damasco (Siria), envió á París hace algun tiempo una preciosa muestra del maná *alhagi de los moros*, muy raro en nuestras colecciones de sustancias medicinales, y que en Oriente emplean muy á menudo como alimento y como remedio.

El *alhagi maurorum*, D. C., es un arbusto espinoso, perteneciente á la familia de las leguminosas; de cuyas hojas y ramas exuda un zumo particular en forma de gotas líquidas, que luego se secan al aire. Los naturales recogen estas exudaciones, y hacen con ellas panes de color amarillo-verdoso, que se ennegrecen pasado algun tiempo, cuando su superficie entra en fermentación por la influencia del aire y de la humedad. Como la recolección se hace sin cuidado, la materia azucarada está siempre mezclada con pedacitos de hojas y ramas, lo cual rebaja mucho el valor del producto. Según dicen los viajeros, la recolección debe hacerse por la mañana, porque mas tarde los rayos del sol derriten el maná. Ha habido autores que han supuesto que este maná era el de los hebreos; pero basta detenerse un poco á comparar las cualidades de ambas sustancias, para conocer lo infundado de esta opinion. Los mismos que han analizado el *alhagi*, manifiestan, por otra parte, que tiene mas condiciones de purgante que de alimento, y que se parece al sen mezclado con un poco de azúcar. Algo mas se parece al maná de los hebreos, uno de los que vamos á describir.

Ehrenberg y Hemprich han recorrido el Sinaí y sus cercanías, y según dice el primero, el maná cae en aquellos sitios á la tierra de lo alto de un arbusto: los árabes le llaman *Man*, y tanto ellos como los frailes griegos, lo comen con pan como si fuera miel. Los frailes griegos aseguran que únicamente cae en el tejado de su convento. Este maná se produce en el *tamarix mannifera*, á consecuencia de la picadura de un insecto, el *coccus manniparus* (H. y Ehr.) Ehrenberg lo vió caer del árbol, lo recogió y lo llevó á Berlin, junto con la planta y el insecto. También M. Leclerc, que acompañó á los príncipes de Orleans en su viaje á Oriente (1859-1860), trajo una porción de este maná, que fue analizado por M. Berthelot. Su apariencia es la de un jarabe amarillento, espeso y mezclado con restos vegetales, pues toma prontamente el estado líquido, á causa de las propiedades higrométricas del azúcar invertido. Esto mismo sucedía con el maná de los hebreos, según dice el Exodo. La tendencia á fermentar, propia de los azúcares, explica igualmente su fácil descomposición.

El maná de Siria, ó mejor del Kurdistan turco, que ya hemos mencionado, fue enviado por M. Gaillardot á París, y recogido en las montañas del Kurdistan, al Nordeste de Mossul. Este maná cae indistintamente sobre todas las plantas, aunque no todos los años, en los meses de julio y agosto. Se le recoge cortando las ramas de la encina, dejándolas secar al sol por dos ó tres días, y sacudiéndolas despues. De este modo cae el maná en forma de polvo. Los kurdos lo usan sin purificarlo, y lo

mezclan con pan y aun con carne. Conservado este maná, es una masa pastosa, casi sólida, llena de restos vegetales y particularmente hojas de encina.

La composición esencial del maná del Sinaí y del maná de Siria ó del Kurdistan, es idéntica y consiste en azúcar y dextrina, pero por la pronta descomposición de estos dos principios, el análisis hecho por M. Berthelot, ha descubierto en ambos manás otras sustancias. Así, pues, la composición es la siguiente:

	M. de Siria.	M. del Sinaí.
Azúcar de caña.	61	55
Azúcar invertido (levulosa y glucosa).	16 5	23
Dextrina y productos análogos.	22 5	20
	100	100

Esta igualdad de composición es muy singular, si se tiene en cuenta que cada maná procede de vegetal de distinta especie, cuyos restos se encuentran en su masa, pero también la miel es recogida por las abejas en flores muy diferentes. Y no es solo este punto de analogía el que existe entre la miel y los manás de que nos ocupamos. El maná del Sinaí procede, como la miel, de insectos, y consta, lo mismo que la miel, de azúcar de caña y de azúcar invertido. Distínguese únicamente el maná del Sinaí por la dextrina y los productos de su alteración.

Atendida la composición del maná, no puede considerarse suficiente para alimento esclusivo, pues carece de todo principio nitrogenado. Por esta razón los kurdos lo mezclan con pan y sustancias animales, y con estas lo mezclaban también los hebreos, según da á entender la narración bíblica.

IGNACIO OLIVER DE BRICHFEUS.

JORGE RONCONI.

Publicamos hoy, siguiendo nuestro propósito de formar en las columnas de EL MUSEO una galería de celebridades contemporáneas, el retrato de uno de los mas eminentes artistas de nuestra época; del conocido cantante Jorge Ronconi.

Italiano de nacimiento y de origen, pero español por las nobles cualidades de su carácter, y por el amor que profesa á este país, en el cual vive hace ya muchos años, asociando su nombre á cuantas empresas útiles ó generosas se promueven en su favor, Jorge Ronconi es uno de los últimos eslabones de esa cadena de grandes artistas, que, forjada al calor de nuestro siglo, ha logrado sujetar todas las almas, y aprisionar todas las voluntades. Cultivando con la misma afición y con el mismo éxito todos los géneros; alegre y juguetón en *el Barbero* y en *Elíxir de amore*; tierno y apasionado en *Linda*, y en *el Rigoletto*; dramático y sublime en *Nabuco* y *Maria di Rohan*, el génio de Ronconi no tiene acaso rival en el arte músico, por mas que no le hayan faltado imitadores ni émulos.

Establecido en Granada desde 1852, y retirado ya casi de la escena, Ronconi ha sostenido en aquella población durante dos ó tres años y á sus expensas, una escuela de canto y declamación de la que era director y maestro, y que prometía grandes resultados para el porvenir, si la maledicencia y la envidia no hubieran trabajado de consuno para destruirla. El fundamento y la idea de la creación de esta escuela, están explicados por el mismo Ronconi en un folleto que ha dado á luz poco antes de ausentarse de Granada, explicando los motivos que le hacían desistir de su filantrópico proyecto.

Hé aquí los primeros párrafos de dicho escrito: «Hace algunos años, que abandonando á Europa para emprender una corta peregrinación artística al Nuevo Mundo; perdido en las vastas soledades del Océano, y viendo el buque que nos conducía juguete de las olas y de los vientos sobre los peligrosos bancos de Terranova, hice á los cielos la solemne promesa de consagrarme, si de tal riesgo me libraban, á la fundación y sostenimiento de una escuela en la que enseñaría á los alumnos los maravillosos secretos de un arte, que no por estar hoy en una gran decadencia, ha dejado de ser el primero á los ojos de todas las naciones civilizadas.

«Esta promesa, hija de un propósito constante, y elevada ya por aquella terrible circunstancia, á la categoría de un compromiso sagrado, era por otra parte, el testimonio de agradecimiento de un artista, que por el favor del público mas que por su propio merecimiento, habia llegado al término de su carrera, arrullado, aunque nunca envanecido, por el aplauso, y debiendo á la fortuna cuantos beneficios suele dispensar, mas por capricho que por justicia, esta deidad, muchas veces ingrata, y casi siempre olvidadiza.»

La escuela ya no existe, y Ronconi ha abandonado á Granada, acaso para siempre; pero allí como en todas partes, ha dejado huellas indelebles de la bondad de su alma, y dulces armonías que no olvidarán jamás los que han tenido el placer de escucharlas, y la felicidad de comprenderlas.

M. DEL PALACIO.

CANTARES.

INTRODUCCION.

Mi corazón solitario es un nido de cantares; en él duermen y en él viven como en su nido las aves.

Quando el dolor los despierte ó cuando el placer los llame, llenarán de alegres ecos ó de tristeza los aires.

I.

Después de hacerte, Dios quiso poner un lunar por firma; cogió el sello de su gracia y lo estampó en tu mejilla.

II.

El lujo de esa pobre ya no me estraña; para vestir el cuerpo desnuda el alma.

III.

Tus ojos verdes recuerdan el verde color del mar; ¡infeliz del que los mire, como no sepa nadar!

IV.

El santurrón de abajo se está muriendo; ¡qué hacécito de leña para el infierno!

V.

Salerito, resalero, que sal derramando vas; ¿cómo derramando tanta no se te acaba la sal?

VI.

Don José, el avaro, cuando ayer llovía me prestó un paraguas... que ya no servía.

VII.

El día en que tú naciste cayó un pedazo de cielo; cuando mueras y allá subas se tapará el agujero.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

LOS TIPOS.

II.

UN MES DESPUES.

RAFAEL. Pues señor, me tendré que ir á casa de Dolores. Ese bergante de Félix me deja solo... No hay quien le saque del lado de su Elisa... y eso que yo no queria ir esta noche, pero ya se ve, luego la encontré tan triste, que por no verla así preferí mortificarme. ¡Pobre chica! hago mal en estarla engañando, debía decirle de una vez que no la puedo amar... ¿pero quién se atreve? sería una crueldad ¡qué lástima que no sea morena!

—¿Vamos esta noche á la Zarzuela, Rafael?
—¡Qué diablos, hombre, podías haberlo dicho antes! Ya he prometido á Dolores ir esta noche al Real.
—Bueno, pues iremos al Real.
—¿Por qué querías tú ir á la Zarzuela? ¿vá acaso Elisa?
—No, precisamente Elisa vá también á la ópera.
—Pues entonces...
—Es que quiero variar, y te lo diré también francamente, quiero declararme algo mas independiente, no esclavizarme tanto con Elisa: bueno es que se vaya acostumbrando á comprender que no es posible que me domine.
—Cualquiera diría que amas perdidamente á Dolores, dijo Félix á su amigo cuando salieron del teatro.
—¿Por qué dices eso?
—Por lo rendido y alibarado que has estado con ella toda la noche, y de lo que no hay duda es de que ella te ama mucho.
—¿De veras? ¿Lo crees tú así? preguntó vivamente Rafael.
—¡Vaya! eso se conoce á la legua. Las mujeres tienen un modo especial de mirar al hombre que aman, que no puede dejar duda en la materia. Casi estoy seguro de

que Elisa no me mira á mí de una manera semejante, y eso que yo no soy el juez mas competente para decidir en este asunto.

— ¡Bah, hombre, tú sueñas!

— Y con efecto, añadió Rafael para sí; tambien yo he observado que Elisa no mira á Félix de esa manera particular que él, con esa especie de absorcion que manifiesta en la mujer que para ella no existe mas que el hombre amado.

¿Con que al fin te decides?

— Sí, ya hace mas de un mes que me encuentro aquí, tengo que arreglar muchos asuntos y mi presencia es indispensable en casa.

— Pero ¿y Elisa?

— ¿Elisa? contestó Félix con cierto embarazo, ¡Elisa se queda aquí, yo no me la he de llevar!

— Ya, pero te separas de ella ..

— Volveré.

— ¿Muy pronto?

— Sí, haré lo que pueda por volver pronto; me temo que no podrá ser en tan breve tiempo como hubiera deseado, pero ¿qué quieres? las obligaciones son primero que todo.

— Me parece que no eres ya el mismo hombre que lo abandonó *todo* por correr detrás de una rubia.

— ¿Por qué dices eso? preguntó Félix ruborizándose ligeramente.

— Por nada, contestó sencillamente Rafael que no queria contribuir á aumentar la turbacion de su amigo; por nada, chico; era una broma inocente. Supongo que me escribirás con estension y que no tendrás empacho en hablarme de todo lo que ocurra.

— ¡Ya lo creo!

— Y de todo lo que ocurra por tu corazon, añadió Rafael apretando intencionadamente la mano de Félix.

— Te lo prometo, contestó éste correspondiendo al estrechón de su amigo, y aguardo á mi vez la mas completa reciprocidad.

Tambien te lo juro, dijo Rafael sonriendo.

III.

UN AÑO DESPUES.

Durante el año que siguió á esta separacion, recibió Rafael dos ó tres cartas de Félix, en que éste le hablaba del disgusto que tenia con que sus muchas ocupaciones no le permitieran volver tan pronto como deseaba, y con las que el jóven se sonreía al leerlas cuando notaba todos los rodeos, circunloquios y estratagemas de que su amigo se valia para no cumplirle la promesa hecha al despedirse.

Precisamente el mismo dia en que cumplia el año de haberse separado, dirigió Rafael á Félix la siguiente carta:

«Mi querido Félix: ya es tiempo de que seas franco conmigo y de que en cumplimiento de tu promesa me manifiestes el verdadero estado de tu corazon. Te perdono de antemano toda la reserva que has usado conmigo, porque soy muy feliz, y la felicidad nos hace escusivamente tolerantes. Para allanarte el camino haré todavía mas, te confesaré que yo me habia equivocado y que tú tenias razon. Estoy completamente enamorado de Dolores, de la rubia Dolores, estoy persuadido de que me ama y de que hará mi felicidad, y la prueba de todo esto es que mañana me caso con ella. Siento que no estés aquí, porque serias testigo de mi boda, pero no me he atrevido á suplicártelo por esa misma ignorancia en que estoy acerca del verdadero estado de tu corazon.

De todos modos sabes que desea verte tan feliz como él, tu mejor amigo

Rafael.»

Esta carta se cruzó en el camino con otra que recibió Rafael algunas horas despues de haber echado al correo la anterior y que estaba concebida en los términos siguientes:

«Mi querido Rafael: tiempo es ya de que cumpla la promesa que te hice al marchar, pues aunque tengo que mortificar mi amor propio, es indigno el que deje de hacer la confesion que debo á un amigo como tú. Soy por otra parte tan feliz que puedo hacer todas las comisiones que se me pidan.

Empezaré manifestándote sin reserva de ninguna clase, que tenias razon. Mis hechos te acreditarán si creo en la verdad de lo que digo. Cuando salí de esa debo confesarte que estaba un poco empalagado de Elisa; creia que la ausencia haria que su amor recobrase todo su antiguo imperio; durante algun tiempo traté de engañarme á mí mismo acerca del verdadero estado de mi corazon; pero una circunstancia estraña sobrevino para dejarme ver claro y para hacerme al mismo tiempo el mas dichoso de los hombres. A los pocos dias de haber llegado á ésta enviudó mi prima Julia; esta circunstancia acercó á ella toda la familia, y naturalmente me acercó tambien á mí. Yo no sé cómo ha sido; pero escusándote pormenores prolijos, debo decirte que hoy amo perdidamente á Julia, que ella me adora, que nunca he sentido á su lado aquella especie de impaciencia que me acometia en los últimos tiempos al lado de Elisa, y finalmente, que la semana que viene que cumple el luto, me caso con ella. Ya te he dicho que Julia es viuda,

aunque de un respetable anciano, nuestro tio, que quiso casándose con ella asegurarla su herencia; pero cuando te añada que es una morena encantadora, comprenderás por qué te he dicho que tenias razon por completo.

En cuanto á Elisa, no tengo pesar ninguno; tambien sé que ella se va á casar dentro de poco con un hombre á quien ama, y esto me deja perfectamente tranquilo.

Despues del de casarme con Julia será el mayor placer que se me puede proporcionar el de que tú seas testigo de mi boda. Contéstame pronto, que esperando tu respuesta, dilataré su matrimonio, esto es, su felicidad, hasta el viernes ó el sábado de la semana próxima.

Tu amigo

Félix.»

El cronista de esta verdadera historia cree hallarse en el caso, antes de darla por terminada, de manifestar que él se ha decidido por las de cabellera castaña, tanto por contribuir á deshacer una injusta omision del criterio comun de la sociedad, cuanto porque si se llega á encontrar en el caso de Rafael ó de Félix, parecerá menos estraña la transicion.

RICARDO MOLINA.

ANTES Y DESPUES.

CONTRASTE.

Niña que está enamorada y despues de mucho afán, de su amor al dulce objeto consigue á solas hablar: al ver que de su partida el instante llegó ya, le dice siempre llorando: ¿cuándo vendrás?

Casada de un año ó menos que ve á su c.rra mitad, dormirse á la chimenea en noche de carnaval. Despues de mirar la calle y acariciarle el gaban, le dice siempre riendo: ¿cuándo te vas?

M. DEL PALACIO.

FLORES Y ABROJOS.

(LEYENDA).

I.

ENTRE BASTIDORES.

Hace algunos años, y en una noche de diciembre, el teatro principal de Valencia estaba lleno de un numeroso y escogido público. Los valencianos acudian ansiosos por el placer de ver, oír y admirar á Carlota Ponce, artista que, con un pseudónimo bastante conocido, recorría entonces los teatros de España, adquiriendo una justa celebridad dramática.

En Valencia, como en todas partes, existe esa costumbre, muy antigua por cierto, de que algunos espectadores entren en el palco escénico durante los intermedios de las representaciones.

Estamos en el primer entreacto.

Varios grupos de elegantes diseminados por la escena, forman con sus conversaciones un coro infernal que amenizan de vez en cuando con sus gritos los operarios del telar, de bastidores y del foso.

Dos ó tres jóvenes de esos que van siempre vestidos al último figurin de París, esclavos de sus trages y de la moda, esperan frente á la puerta de la habitacion de Carlota, para ver salir á la eminente artista, para estar á su lado ó dirigirla algunas palabras y conseguir una mirada suya.

Cerca de estos se escucha un animado diálogo, interrumpido por las carcajadas de los mismos interlocutores. Oigamos.

— ¿Pensarás con esta hacer lo que con todas?

— No.

— Lacónico está don Arturo. Vamos, habla, ¿estás enamorado de Carlota?

— Sí.

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

— Debemos reir ciertamente. Hombre, ¿crees que estamos en Jauja? ¿crees que así nos engañarás?

— No os engaño; la estimo en lo que vale, y si me corresponde, me casaré con ella.

— ¡Tú! ¿vas á perder la santa libertad, siendo el calavera de mas fama?...

— ¡Calla! no digas eso... yo me caso, y...

— ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

La persona que recibia todas estas preguntas, la persona paciente, podríamos decir, era un jóven de unos veinte y cuatro años de edad, elegante y de buena presencia: un precioso cabello negro que llevaba con estudiado desórden, sus grandes ojos algo salidos de las órbitas, su boca pequeña, y cuyo labio superior sombreaba un ligero bigote, y en fin, un aire indescriptible que tienen algunos, y que Arturo poseia en alto grado, le daban un aspecto libre de afectacion, simpático y franco.

Continuaba la conversacion y no cesaban las explosiones de risa.

La campana de aviso vino á interrumpirles.

Todos los grupos se disolvieron á su sonido, marchando los que los componian á ocupar sus asientos en el patio, en los palcos ó en las plateas.

Solo Arturo quedó en el mismo lugar que ocupaba, envuelto en su capa y con los ojos fijos en la puerta del vestuario de Carlota.

De repente apareció la artista deslumbrante de hermosura. Arturo dió algunos pasos inciertos hácia ella, y la dijo una de tantas galanterías de que saben usar los jóvenes montados á la moda. Carlota le contestó con una graciosa sonrisa.

— No me entiende usted, dijo Arturo, pero en el próximo entreacto, si á usted no le disgusta, me explicaré con mas claridad.

Carlota hizo un movimiento de cabeza, accediendo á la peticion, y entró en el palco escénico, donde el público la recibió con un ruidoso aplauso.

Los ojos de Arturo la seguian en todos sus movimientos. Una mujer de veinte años, que no era una mujer vulgar como las que siempre habia tratado, sino un genio, le parecia una vision fantástica que venia para hacerle creer en lo que jamás habia creído.

Carlota lo veia, lo comprendia, y hallaba una gran complacencia en conquistar la voluntad de aquel hombre que habia podido engañar á muchas de sus paisanas.

A la mujer le seduce la idea de que puede regenerar y dar asiento á un alma increyente, á un corazon voluble que otras mujeres no han podido vencer, y con esta esperanza acepta por lo general el amor de los que con sus hazañas han adquirido el nombre de calaveras.

El acto concluia, y el escenario estaba hecho un jardín: tal era la lluvia de flores que habia merecido Carlota durante la representacion.

La hora de la cita habia llegado.

Arturo se acercó á la puerta del vestuario de la artista. Los padres de ésta le invitaron á que pasase adelante. El lo hizo, y despues de cumplimentarles, tomó asiento, empezando la conversacion á girar sobre mil cosas indiferentes.

— Carlota hará una brillante carrera, dijo Arturo de repente interrumpiendo el asunto de que se hablaba; tiene dotes, siendo la mejor entre ellas el dominio que ejerce sobre los corazones de cuantos han tenido la dicha de admirarla.

— Gracias, gracias. Yo no debia cesar de darlas á las personas que tanto me favorecen, que tan generosas se muestran conmigo, y no dejo de fraslucir su bondad, pues la indulgencia con que me juzgan nace seguramente de que conocen mi situacion.

— Amiga mia, es verdad que influiria mucho en el ánimo de los espectadores lo que de usted se sabe; pero eso seria en el caso de que careciese usted del mérito artístico, y ¿quién se lo puede negar?

— Tengo mi única esperanza puesta en Carlota, caballero. Mi buena hija es nuestro apoyo en la tierra. Dios se lo premiará en el cielo.

— Yo estoy contenta siempre, porque ¿no es verdad que el goce mas positivo que existe en el mundo es el cariño en el seno de la familia?

— No soy voto en esto. Nunca he podido disfrutar esos placeres: mi padre murió siendo yo muy niño; mi madre, abrumada por una dolencia crónica y muy general en mi familia, sin conocerme apenas, me veia de tarde en tarde y nunca me concedió un solo beso: mi hermana no me quiere. Yo mismo soy ya presa de esa enfermedad que me legaron mis antecesores.

— ¿Y qué es?...

— Ni sé explicarlo siquiera; cuando me agito, cuando cometo cualquier exceso, parece que el corazon se me despedaza dentro del pecho: me llevo las manos al sitio que me duele, quiero arrancarme las entrañas, ¡me es imposible! Y todo eso en mi habitacion, solo, sin que acuda mi hermana á socorrerme, sin mas auxilio que el de las personas que están á mi servicio, y sin haber recibido el beso de la madre que tanto valor debe infundir, sin la esperanza de recibirlo; ¡hace mucho tiempo que murió la mia, victima del mismo padecimiento!

— ¿Escucha usted? dijo Carlota, oyendo la campana de aviso. Otro dia hablaremos: se levanta la sesion.

— Con mucho disgusto mio.

Arturo se ofreció á los padres de Carlota. Esta, al despedirse del jóven, le dijo recatadamente:

— Sé su historia de usted, porque aquí todo se sabe; quiero probarle que hay tambien felicidad en la tierra.

Arturo se colocó en el mismo lugar que le hemos visto una hora antes.

Carlota estaba en escena.

Era esta una de esas mujeres que no son blancas, sin ser tampoco morenas; de ese color blanco mate que tanto hace resaltar unas buenas facciones; su pelo y ojos, negros; sus formas redondeadas y mórvidas; de elegante andar y con una sonrisa angelical, que se posaba muy frecuentemente sobre sus labios de carmin.

Su trage aquella noche era sorprendente por su admirable sencillez: un vestido blanco con una sobrefalda de seda azul celeste, sin mas adornos que lazos del mismo color, hacia destacarse mas la belleza de Carlota, y le prestaba un encanto incomprensible.

La obra que se ponía en escena tocaba á su conclusion. El público arrobado en delicioso éxtasis, miraba á la joven artista como un ser sobrenatural que, velando con su trasparente aureola las demás partes de la escena, las hacía aparecer al mismo tiempo mas perfectas, mas acabadas.

Cayó el telon: Carlota fue llamada por el público muchas y muchas veces. Al retirarse, encontró á Arturo que al ofrecerla el brazo para acompañarla á su cuarto, la dijo:

—Creo ya que hay felicidad en la tierra.

—¿De veras?

—Usted sola me lo ha podido hacer comprender en un momento.

—Mucho me alegro. Dios quiera que siga usted creyendo siempre.

—Adios, Carlota.

—Adios, Arturo.

Y se estrecharon afectuosamente la mano, repitiendo:

—¡Adios!

—¡Adios!

Cuando se quiere á una persona, parece que nunca debiera llegar el momento del último adios, y se repite la despedida una y mil veces, y no tendria fin si el tiempo no viniese como siempre á poner límites á nuestras acciones.

II.

QUIÉN ES ÉL.

Pocas noches despues de lo que acabamos de oír, se hallaban reunidos en el Casino varios jóvenes, entre los que figuraban los amigos de Arturo, los murmuradores del escenario.

El salon de la chimenea, sencilla, pero elegantemente adornado, estaba lleno de gente. Delante del fuego, sentados en dos bancos que forman un semicírculo, discutian algunas personas ya entradas en edad. Acá habia un grupo de *pollos imberbes*, que disputaban sobre cuestiones de amor. Mas allá se hablaba de elecciones, de política. Se oía el choque de las bolas en el billar, y la tos periódica con que amenizan su tarea los jugadores de tresillo, ó los que guardan santo silencio en el gabinete de lectura. De vez en cuando, el roce de las fichas del dominó contra la mesa, ó un grito de entusiasmo de un orador ó de un afortunado en el juego, interrumpian el monótono rumor que, estendiéndose por los diversos salones, llegaba confuso, é inarmónico, hasta la plaza de Mirasol en que está situado el edificio.

Nada nos importa de las conversaciones políticas, científicas ni literarias; ni de las artes, ni de los libros y periódicos. Nada nos importan los *efectos*, ni las *medias bolas*, ni los *dobletes* y *recodos*, términos técnicos de los billaristas; ni el dominó, ni el tresillo, ni aun ese joven que ahora se acerca al piano para que sus amigos conozcan una *danza* que ha compuesto recientemente.

Acerquémonos, si, á los calaveras.

—Buenas noches, dice uno que llega.

—Salud, Enrique. ¡Cuánto has tardado esta noche!

—Me ha sido imposible venir antes.

—Mira, sé que te gusta Trinidad.

—¿Qué disparate! ¿Sabeis el suceso reciente?

—¿Qué?

—El padre de la Ponce, continuó bajando la voz, como conocido mio, me ha dado una cita para adquirir informes, segun creo, de la conducta de Arturo.

—¡Bravísimo! Tú le dirás, por supuesto, que es un hombre formal, virtuoso, y todas esas cosas que se dicen en esos casos.

—Díle, continuó otro pequeñuelo y raquíco, que su corazón está virgen, pues que no ha querido á mujer ninguna.

—Díle tambien, añadió con gravedad un tercero, que no repare en que tiene la nariz torcida, porque eso es de resultados de un porrazo que le hizo dar un potro.

—Bien, Ricardo, tu encargo quedará cumplido; y tambien el vuestro, compañeros. Pero entre tanto, yo no conozco bien á fondo la historia de Arturo ¿quién me la cuenta?

—Ricardo lo hará, pues que la sabe perfectamente.

—Yo lo haré con mucho gusto.

—Y con mucha gracia.

—No. No son bromas, voy á hablar con formalidad.

—Te escuchamos.

—Ninguno de nosotros puede recordar al padre de Arturo. Solo sabemos de oídas, que el señor Villafuerte murió hace muchos años.

—Requiescat in pace.

—No interrumpas.

—Callo.

—Arturo, solo con su madre y con su hermana, cre-



RONCONI.

cia en edad y en cuerpo; pero su educacion intelectual estaba completamente descuidada. Saliendo adelante con todos sus caprichos, llegó una época en que quiso ser algo. Los uniformes ilusionan á los niños, y se hizo cadete de infantería.

—¡La carrera de moda! ¡Cómo se conoció la afición de Arturo á las modas desde sus primeras hazañas!

—Poco tiempo le duró aquel arrebató. Además, habia faltado al respeto debido á sus profesores, y á la sumision que la ordenanza exige para con los jefes...

—Y le despidieron ¿no es eso?

—Creo que no llegó á tanto, pero no juraria lo contrario.

—¡Calavera desde niño!

—Sí, calavera. A todo esto, la enfermedad del corazón, las palpitations que padece, ya habian sacado la cabeza: él no tenia pizca de buena conducta: total, mas enfermo cada dia.

—Ricardo parece un moralista, con ese tono severo y esas barbas...

—Calla, cotorra. Paso por alto muchos incidentes de su vida que te son innecesarios: no te hablaré de sus amores, poco lícitos por cierto, con una viudita...

—La de...

—El pecado se dice, el pecador se oculta.

—Esta es pecadora. La viuda de...

—Silencio; de otro modo, concluyo y me voy.

—Déjale que concluya.

—No os daré tampoco los pormenores del nacimiento de un vastaguito de Arturo Villafuerte.

—¿De veras! exclamaron todos.

—¿Cómo sabes eso? dijo uno.

—Os diré: como Arturo cumplirá los veinte y cinco años en el próximo marzo, y entonces debe tomar posesion de sus bienes, la viuda se le ha presentado á recordarle una promesa que él la hizo para el tiempo de la mayor edad; unos alimentos para el descendiente...

—Es muy justo.

—Pues tampoco sabeis cierta calaverada suya con una muchacha, á quien ofreció un dote...

—Es tambien muy justo.

—Sí, pero él nunca cumple lo que ofrece: entonces fue cuando marchó á París y vino tan complacido de aquella tierra y elogiando las costumbres del Paraiso, como él la llamaba. ¿Comprendeis? una retirada honrosa.

—Por supuesto, sin honra ¿cómo se ha de entrar en el Paraiso?

—Pues bien, él dijo hace poco tiempo que se volvía allá, donde lo habia pasado perfectamente.

—¿Es posible?

—Sí; pero lo dijo antes de conocer á Carlota. Despues de estos amores se ha vuelto mas reservado. ¡Qué cabeza tan disparada! ¿A qué no acertais qué pensaba hacer en París, cuando me comunicó su proyecto? Decia que mientras tuviese dinero no le podia faltar una mu-

jer que le quisiese. «Puesto que marzo se acerca, añadió, en cuanto me poseione de mis bienes, los realizaré, ¿para qué me sirven las fincas? Yo he de vivir muy poco, así me lo han dicho los médicos, ¿entiendes ya? gastaré mi capital alegremente y vendrá á concluir al mismo tiempo que mi vida.» ¿Qué os parece de los planes de nuestro amigo?

—Eso es horroroso.

—Eso es puro disparatar.

—¡Lástima de riquezas y qué mal empleadas están!

—Señores, yo he hablado mucho y tengo secas las fauces; que traigan algo.

—Si, sí, refréscate la boca, que yo me voy á refrescar el oído.

—Y yo tambien.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo.

—Vamos todos, pues, dijo Ricardo, siguiendo á sus compañeros hasta el piano.

—Luis, toca algo, que hace ya un rato bueno que estás prelu-diando.

—Hombre, sí, á estilo regio voy á tomar mi refrigerio.

—Pero ¿se ha de continuar todavía la historia?

—Si quereis, sí, porque es el cuento de nunca acabar. Mira, Luis, no toques tan pianito que parece que estás escuchando lo que decimos.

—¡Bah! estoy mas en erado que vosotros de todo.

—¿Qué dices?

—Nada, que he podido oír parte de vuestra conversacion, y sé el resto.

—¡Silencio, entonces! Calla tú el piano y abre tu pecho en el acto.

—Es poca cosa. Arturo lleva el negocio tan rápidamente que se dice que va á doblar su cuello al santo yugo muy pronto: se murmura que ha pedido con toda formalidad á Carlota Ponce...

—¡Oh! no se casará, es preciso disuadirle.

—¡No, no! ¡eso no! ¡que no se case!

—¿Y por qué no? Yo lo haría de buena gana.

—¿Eres partidario del matrimonio?

—Me parece el estado mas feliz del hombre.

—A mí tambien me parece el estado mas feliz del hombre, repitió Ricardo.

—¡Adios mi dinero! ¡Ricardo y Luis se casarán!

—Yo tambien, con una hija de Ricardo.

—Y yo con otra de Luis.

—Fuera de broma, señores, que no se contrarie en nada á nuestro amigo Arturo.

—Votacion pido y será nominal.

Y señalando con el dedo el que habia hablado á los demás del corro, empezó á contar las respuestas afirmativas y las negativas.

—Señores, el resultado ha sido satisfactorio. Seis votos hay porque se le disuada y dos en contra.

—¡Bravo! ¡bravo! exclamaron los de la mayoría.

—Corriente, replicó Ricardo, queda á mi cargo disuadirle de lo que vosotros le disuadais. Yo me retiro, citándoos para mañana por la noche á esta misma hora.

—¿Con qué objeto?

—Con el de leeros la biografía de Carlota Ponce que he cortado de un periódico para publicarla en *El Diario Mercantil*. ¿Estareis todos?

—Sí, contestaron unánimes sus compañeros.

—Adios, pues.

Ricardo se retiró.

Al llegar á la puerta del salon se encontró de frente con Arturo.

—¿A dónde vas? le dijo dándole la mano.

—A ver á los amigos.

—Déjate eso para otra noche y vente á donde yo me dirijo.

—¿Conquista? No estoy para juegos.

—No, vente á mi casa y sabrás toda la historia de tu adorada que ha publicado un periódico de Madrid.

—Vamos corriendo.

Los amigos de Ricardo y Arturo observaron toda esta pantomima, puesto que hasta ellos no llegaban las voces de los interlocutores del anterior diálogo. Al ver que Arturo retrocedía cogido del brazo de Ricardo, todos soltaron una alegre carcajada.

—Divinamente, dijo uno; esto es lo que se llama en castellano comerse la partida.

(Se continuará.)

ADOLFO MIRALLES DE IMPERIAL.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR.
IMPRESA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 1.